

¡Con cuánta confianza no acude un hijo á su padre, para pedirle aquello que le es necesario! Y si rara vez vereis un padre desnaturalizado que deje de remediar la necesidad de un hijo. ¡Qué no hará Dios por sus criaturas! ¡Cómo le negará sus bondades! ¡Cómo cerrará sus oídos para no escuchar sus súplicas cuando van dirigidas con fé y con verdadera confianza!.. ¿Por qué pues pedís llenos de tibieza? ¿Por qué llegais á pedir, llevando marcada en vuestros rostros, la señal de vuestra desconfianza? ¿Lo haceis tal vez porque os considerais pecadores? Esto seria otra nueva injuria á la divinidad, porque vosotros debeis pedir no por vuestros méritos que no son ningunos, sino por los méritos de nuestro Redentor Jesucristo que son infinitos: así la Iglesia os lo enseña, concluyendo todas sus oraciones y súplicas interponiendo los méritos del Salvador: *Per Dominum nostrum Jesum Christum*. Dios, mis hermanos, oye al hombre por pecador que sea con tal que pida por su hijo, y que pida arrepentido, y llevando una gran confianza en su infinita bondad y misericordia. Es verdad que muchas veces por mas que haya buenas disposiciones en nuestras peticiones tarda el Señor en escuchar nuestras oraciones.

Los Padres de la Iglesia, y particularmente San Agustin, nos dan las razones mas convincentes del por qué tarda á veces el Señor en dispensarnos sus beneficios, que no es mas que para hacernos estimables sus gracias y favores. Un hombre pecador cae, por ejemplo, en una enfermedad que el Señor le envia para castigarle y para por este medio atraerlo á conversion. Hombre de fé á pesar de sus pecados se vuelve á Dios, le dirige fervientes oraciones suplicándole cordialmente y lleno de fé y de confianza le conceda

la perdida salud: este ora con buenas disposiciones; empero, si momentáneamente recobrase la salud, y volviese á su antiguo estado, pronto se olvidaria del beneficio, y volveria á sus pasados extravíos. El Señor pues, cuya Providencia todo lo arregla y dispone para el mayor bien del hombre, difiere por algun tiempo el socorrerle, con el objeto de que se ejercite en la virtud de la esperanza, y sepa despues agradecer mas el beneficio: es doctrina del padre san Agustin.

Otra de las disposiciones que deben acompañar á la oracion, es que sea perseverante. La necesidad obliga á muchos á recurrir á Dios, que es rico en misericordias; pero pidiendo una vez y no consiguiendo lo que desean, son muchos los que no creyendo que sean aceptadas sus peticiones, se retiran de la oracion, sin volver de nuevo á dirigirse al Señor. A estos les falta la perseverancia y demuestran claramente la poca confianza con que piden. Si los clamores repetidos de un pobre ablandan el mas endurecido corazon, ¿cómo no atraerá el de Dios á nosotros la repeticion de nuestra súplica? Pobres y miserables las criaturas deben pedir con la mayor constancia á aquel que todo se lo puede dar. Un ejemplo de la perseverancia que debe acompañar á la oracion, y una prueba de los maravillosos efectos de la reiteracion de los clamores que á Dios se dirigen, la encontramos consignada en el Evangelio. Me refiero á la Cananea, mujer que teniendo una hija poseida del demonio, y no encontrando remedio alguno para curar mal tamaño, recurrió á Jesucristo, de quien habia oido contar grandes prodigios, y cuya fama se estendia por todas partes. Ve al Señor, le sigue, y clamando á grandes voces, le dice: Señor, hijo de David, ten piedad de mí; mi hija está

malamente atormentada del deminio. Oyendo los discípulos sus ruegos y condolidos de ella dijeron á su Maestro: Despáchala, porque viene gritando en pos de nosotros. Jesucristo que nada habia respondido á la Cananea, les dijo á ellos: No soy enviado sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israel. Lejos de retirarse aquella mujer que á grandes voces mostraba su dolor, postróse ante el Señor diciéndole: Valedme. Jesucristo queriendo probar mas la fé de la mujer, le dice: no es bien tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros. En efecto, siendo idólatra, no parecia acreedora á alcanzar lo que solicitaba del Hijo de Dios. Empero llena de fé y de confianza al oír la respuesta de Jesus, en vez de retirarse llena de confusion, le dice: Asi es verdad, Señor, como vos lo decís: el pan de los hijos no debe darse á los perros, pero advertid que los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos. ¡Respuesta admirable! ¡Confianza extraordinaria, que la hizo acreedora á que el Señor la dijese: ¡Oh mujer, grande es tu fé; hágase contigo como quieres! La Cananea, pues, por haber dirigido una oracion con las cualidades de cordial, de fiel y de perseverante, alcanzó la salud de su hija (1).

Ahora bien, mis hermanos; si tal beneficio dispensó el Señor á una criatura, que como hemos dicho era idólatra, tan solo porque le pidió con fé, con confianza y perseverancia, ¿qué no podremos nosotros esperar de su bondad y paternal corazon, si nuestra oracion va acompañada de tales requisitos? ¿Qué no podremos esperar de su misericordia, los que hemos sido redimidos con el precio de su preciosísima san-

(1) Math. cap. XV.

gre? ¡Ah! que Dios lo que desea es que le pidamos con fé y confianza, estando siempre dispuesto para socorrernos.

Sabiendo ya los requisitos que deben acompañar á la oracion, me resta solo valerme de las palabras del apóstol San Pablo, y deciros como él á los Thesalonicenses. «Orad, hermanos, para que seais libres de todo mal, pues Dios es fiel y cumplirá con vosotros su palabra (1). Así es, hermanos míos, y yo no llenaría en un todo los deberes de mi ministerio, si no os exhortara en Jesucristo á la práctica de la oracion, como remedio oportunísimo, para vencer las tentaciones. Esta verdad nos la enseña el mismo Jesucristo, pues cuando oraba en el huerto la víspera de su passion, como se hubiese vuelto á sus discípulos, á quienes halló dormidos, les dijo: ¿No habeis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para que no entreis en tentacion: el espíritu en verdad está pronto, mas la carne enferma (2). Reflexionad un poco sobre este asunto de interés vital para el alma, y comprendereis esta necesidad. Como digimos en el sermón anterior, en el que tratamos de la impenitencia final, el hombre se halla continuamente asaltado de enemigos interiores y exteriores, con los que tiene que sostener porfiadas luchas. Enemigos hay que son nuestras mismas pasiones, de las cuales no podemos huir. San Gerónimo se quejaba amargamente en el desierto de las persecuciones que de ellos tenia que sufrir, y San Juan Crisóstomo decia: huid del objeto que se ha

(1) II ad Thesal. cap. III.

(2) ¿Sic non potuistis una hora vigilare mecum? Vigilare et orate ut non intretis in tentationem. Spiritus quidem promptus est caro autem infirma. Math. cap. XXVI, v. 40 y 41.

apoderado de vuestro corazón, pero no podéis apartaros de él: os seguirá por los campos, y aunque atraveséis los mares, aunque os sepultéis en las cuevas, aunque os vayáis al fin del mundo, no podéis separaros de vuestra carne. ¿Y no habrá un remedio para evitar tal desdicha? ¿No podremos encontrar un arma para triunfar de enemigo tan cruel? ¿Tendremos por fuerza que rendirnos y entregarnos? No, católicos. Nosotros tenemos un arma con la cual salir podemos victoriosos: el arma de que se valió Gerónimo: el arma poderosa que manejó el célebre solitario de Egipto San Antonio Abad, á quien el demonio hizo cruelísima guerra, atormentándole con un sin número de tentaciones. Ya conoceréis que este arma poderosa es la oración: cuando á este santo anacoreta le asaltaba el demonio poniéndole ante sus ojos las mas impuras figuras; cuando le ponía ante la vista las riquezas que habia abandonado y el brillante papel que podia representar en la sociedad, caia sobre sus rodillas, elevaba sus ojos al cielo y pedia á Dios sus divinos auxilios, con los cuales siempre consiguió la victoria de las pasiones. ¿Y tendremos nosotros menos necesidad de orar? ¿No experimentamos tambien asaltos del enemigo? ¿No tenemos que sostener las luchas continuas? Si los justos tanto tuvieron que trabajar para destruir sus pasiones, ¿de qué medios no deberemos valer nos para no quedar aprisionados en las pesadas cadenas de nuestra propia carne, de nuestras indómitas pasiones? De la oración, que es por la que alcanzamos las gracias que nos dán fuerza para vencer. Si queremos recibir es necesario que pidamos como nos dice Jesucristo: «pedid y recibireis.» Ved aqui la necesidad de orar. Tenemos seguridad de

alcanzar del Padre lo que le pidamos por el Hijo; ¿la consideracion de vuestra miseria os asusta y no os atreveis á llegar al mediador divino? No os acongojéis: todo está previsto por el Señor: en María Santísima tenéis una medianera de intercesion, dispuesta á abogar por nosotros, y así como os dirigís al Padre por el Hijo, podeis dirigiros al Hijo por la Madre. De este modo orando, ora mental, ora vocalmente, acompañando vuestra oracion con afectos de fé viva y operativa, siendo vuestras peticiones procedentes del corazón, y perseverando en este santo ejercicio, alcanzareis especiales auxilios y aumento de gracia, armados con la cual conseguireis triunfos admirables, y el Señor hará resplandecer en vosotros su eterna Providencia, os sacará ilesos de los peligros del mundo, os librárá de todos vuestros enemigos, humillará vuestra carne por la fortaleza de vuestro espíritu, os concederá con mano pródiga cuanto le pidais, toda vez que sea conveniente á vuestra alma, y en premio de vuestra constancia en invocar su santísimo nombre y confiar en sus divinos auxilios, os colmará de bendiciones y os hará caminar por el sendero de las virtudes, que os harán dar un dia con la mansion do habitan aquellas almas contemplativas, cuyo ejercicio continuo en este mundo fué la oracion. Para esto sea el primer objeto de vuestra oracion el pedir el reino de los cielos, en el conocimiento que lo demas que necesiteis se os dará por añadidura, como nos ofrece Jesucristo en su Evangelio. De este modo no os dirá Jesucristo como á la madre de los hijos del Zebedeo; no sabeis lo que pedís: *Nescitis quid petatis.*

Dulcísimo Redentor y Señor nuestro, que fuísteis obediente hasta la muerte y muerte de cruz; nos-

otros os suplicamos rendidamente que no dejéis de presentar nuestras oraciones ante el trono de vuestro Eterno Padre, y de interceder por nosotros, á fin de que suban al Empíreo nuestras oraciones en olor de suavidad, y consigamos cuanto pedimos para ser felices en esta vida, y mucho mas en las mansiones de la gloria. Amen.

SERMON

PARA EL VIERNES

DESPUES DE LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

El escándalo es gravísimo pecado por sus terribles efectos.

Auferetur á vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructus ejus.

Os será quitado el reino de Dios, y será dado á un pueblo que haga frutos dignos de él.

Math. cap. XXI, v. 43.

Confieso, señores, que al leer con detenimiento el Evangelio de este dia, con el objeto de preparar la materia del discurso que os debo dirigir, no he podido menos de sentir en mi corazon una emocion de tristeza, al recordar el estado lastimoso de la época que atravesamos, época en verdad de errores y corrupcion, á pesar de que tal corrupcion y tales errores se engalanen con el pomposo vestido llamado *ilustracion del siglo*. La terrible amenaza del Señor consignada en el Evangelio que hoy la Iglesia pone á nuestra consideracion, parece pronunciada contra los nuevos refor-